

LA HORA DEL BUEN SENTIDO

ENTONCES, el Gobierno se puso en pie y ovacionó a las Cortes; el aplauso partió del presidente Suárez y las Cortes bien merecían este aplauso. Si durante décadas —yo la primera— no hemos cantado precisamente alabanzas a estas Cortes, en los tres últimos días que acaban de pasar han dado una lección memorable de talante parlamentario, y ahí está, votada por ellos, la nueva democracia española, y no ha sido el suyo un parto fácil, ni ha constituido para las Cortes y para el Gobierno un camino sencillo.

■ Con 425 votos a favor, 59 votos en contra y 13 abstenciones, todos ellos votos dignísimos que están respaldados por posturas que, en buena democracia hemos de respetar, el Gobierno, con la aprobación de las Cortes, nos propone una reforma política y pone al pueblo español ante la hora del buen sentido.

■ No soy yo quien recuerde a los ciudadanos españoles que ha sonado para nosotros la hora del buen sentido, fue la última frase de la intervención de Fernando Suárez en nombre de la ponencia; porque hay que citar, por orden cronológico, tres hombres para la historia de un día histórico.

■ Ya nosotros, los aragoneses, habíamos in-

ventado la democracia —no necesitamos que nos la homologuen en ninguna parte—, cuando nuestros nobles hacían jurar al Rey: «Nos, que cada uno de nosotros vale tanto como vos y todos juntos más que vos» y, democráticamente, en los tiempos en que la Europa homologada la emprendía a guerras por quitarme ella ese fortín, nosotros, elegíamos democráticamente a un rey. Esa es la historia del Compromiso de Caspe, que tuvo su necesaria preparación en la Concordia de Alcañiz, por la que los compromisarios llegaron al pacto. No deja de ser notorio, que haya sido precisamente el representante de Teruel en las Cortes, quien ayer se convirtiese en el histórico hombre de la concordia. Su intervención

en el debate fue emotiva, brillante, arrolladora, pero fue sobre todo, de una imparable eficacia política, que es lo que importa.

■ Pero de nada sirve la concordia sin el compromiso y cuando Fernando Suárez se puso en pie en nombre de la ponencia, en la sala se podía cortar a trozos y casi llevársela en el bolsillo a trozos la Historia. Oído Martínez Esteruelas, el de la concordia, todos teníamos la intuición —esas verdades se cristalizan en el aire— de que Fernando Suárez iba a ser el hombre del compromiso. Hacer historia sin dramatizar, sin grandilocuencia, sin mirar a la galería, es un ejercicio tan difícil que pocos seres humanos son capaces de afrontarlo sin riesgos. Fernando Suárez dio en esta hora difícilmente irrepetible una lección de tal calibre que su frase histórica es ésta: «Ahora ha llegado la hora del buen sentido.» Así de fácil así de sencilla nos ha puesto la Historia, así de riguroso es el programa de responsabilidades que nos ha señalado a todos los ciudadanos, después de haber cumplido él la suya. Ahora llega nuestra hora española del buen sentido.

■ El tercer personaje fue Landelino Lavilla, ministro de Justicia, que habló en nombre del Gobierno. Otro gesto: al Gobierno no le hizo falta ni movilizar para el acontecimiento al presidente. Landelino Lavilla fue la corrección, la medida; tuvo una palabra de respeto para todos los que merecían el respeto del Gobierno en esa hora clave y una palabra de agradecimiento para quienes le han ayudado con talento con voluntad con realismo, a cubrir esta etapa decisiva de su programa. Landelino Lavilla supo, por encima de todo, dar a su intervención, en nombre del Gobierno ese difícil tono exacto del vencedor que en ningún momento tiene un gesto de triunfador, del vencedor que sabe y lo proclama, que ha vencido porque todos, incluso los que le han combatido desde respetabilísimas ideas personales, le han ayudado a poder presentar hoy ante el pueblo español esta ley, que nos pone delante de nuestras responsabilidades a todos los españoles en esta hora que debería de ser «la hora del buen sentido nacional».

Pilar NARVION